

encima del sofá y de ella descolgué un puñal de Damasco de aguda y afilada hoja, virgen aún de sangre. Lo saqué de la vaina, y recuerdo aún que ésta,—me acuerdo aún como si fuese de una cosa ocurrida ayer,—cayó detrás del sofá, y que me dije que más adelante la recogería. Me quité después el abrigo, que tenía aún puesto, y andando descalzo y con mucho tiento salí del despacho. Aun no sé hoy día cómo salí, si iba muy apresurado ó despacio, ni cuáles fueron las habitaciones que atravesé, ni de qué manera llegué al comedor, ni cómo abrí la puerta, ni de qué manera entré...

## XXVII

Recuerdo únicamente la expresión que adquirieron sus fisonomías cuando abrí la puerta, y si la recuerdo

fué porque produjo en mí un delicioso sufrimiento; fué, como es natural, una expresión de terror cual yo deseaba. Jamás, mientras viva, olvidaré aquel desesperado terror que se reveló en sus rostros cuando de pronto me presenté ante ellos. Creo que el violinista estaba sentado á la mesa, y cuando me oyó ó vió entrar, no hizo más que dar un salto hasta el aparador. El miedo fué el único sentimiento que se reveló en su fisonomía. En el rostro de mi mujer leíanse, aparte del miedo, otras impresiones cuya ausencia puede que hubiese evitado la catástrofe final, porque estas impresiones me parecieron ser el resultado del descontento y la cólera por haber sido molestada en su dicha y en su embriaguez amorosa. Habría-se dicho que no quería más que una cosa: que no la molestase nadie en el



momento en que iba á gozar de la dicha.

Esas impresiones se borraron muy pronto de sus rostros, adquiriendo de pronto una expresión interrogadora. Si estaban aún á tiempo para mentir, era necesario que lo hiciesen en seguida, ó bien salir del paso de otro modo, pero ¿de cuál? La interrogó él con el mirada; le miró mi mujer también, y aquella expresión del rostro de ésta de cólera y de despecho, se trocó en seguida en otra de temor, de inquietud por él.

Durante un momento me quedé en pie al lado de la puerta, teniendo el puñal oculto á la espalda. De pronto y con un tono de indiferencia por demás ridícula en aquellos momentos, dijo el violinista:

—Acabamos de tocar un poco...

—¡Qué sorpresa!—dijo ella en el

mismo tono, y no se atrevieron á continuar.

Apoderóse de mí el mismo furor que me dominara ocho días antes, experimentando otra vez irresistible necesidad de dar rienda suelta á mi violencia. Experimenté los goces de ese furor y me dejé arrastrar completamente por él. Ambos se callaron al mismo tiempo, dando de este modo ellos mismos un mentís á sus palabras. Me arrojé sobre ella, ocultando aún el puñal para elegir mejor el sitio en que había de herirla. Observó él mi movimiento, y lo que yo no me esperaba de su parte, se arrojó sobre mí, y cogiéndome del brazo, empezó á gritar:

—¡Calmáos, por Dios! ¡Socorro, socorro!

Me escurrí de entre sus manos y le acometí. Mi aspecto debía ser terrible porque se puso tan lívido como



un cadáver; sus ojos adquirieron un brillo singular y, lo que nunca hubiera creído, se fué con mucha ligereza hacia la puerta deslizándose por debajo del piano. Quise perseguirle, pero no pude porque me lo impidió el hallarme fuertemente sujeto por el brazo izquierdo. Era ella. Hice un esfuerzo para soltarme, pero se apoyó aún con más fuerza y no me soltó. Aquel espectáculo inesperado, ese peso y ese odioso contacto acrecentaron mi ira. Comprendí que me volvía loco, que debía tener un aspecto atroz y esto me exaltó aún más y más. Hice un nuevo esfuerzo y con el codo del brazo izquierdo le di un golpe violentísimo en medio de la cara, y tan fuerte fué que me soltó lanzando un grito.

Quería é iba á salir en persecución de él, pero estaba descalzo y hubiera sido muy grotesco el perseguir en ese

estado al amante de mi mujer; quería ser temible, pero no ridículo. A pesar de mi extremado furor me preocupaba aún la impresión que mi aspecto podría producir en los otros. Siempre me basé en esa impresión. Me volví hacia mi mujer y vi que había caído en el sofá y que, llevándose la mano á la parte contusionada del rostro, se fijaba en mí. Su mirada expresaba el miedo y el odio; la mirada de la rata á la persona que va á buscarla en la ratonera en que cayó. A lo menos yo no supe ver en ella más que ese miedo y ese odio que provocaron su amor á otro. Tal vez no habría pasado nada si hubiese intentado matarse; mas de pronto habló, tratando al mismo tiempo de sujetar la mano en que tenía yo el puñal:

—Vamos, sé razonable; ¿qué es lo que quieres hacer? ¿Qué es lo que



tienes? ¡Te juro que no hay nada!  
¡Nada!

Habría vacilado aún, pero esas palabras, tras las que adornaba la mentira y que me probaban lo contrario de lo que quería decirme, merecían una contestación, y ésta tenía que ser necesariamente de acuerdo con mi furor que iba en aumento. El furor tiene también leyes.

—¡No mientas, miserable! ¡No mientas!—grité, asiendo sus dos muñecas con mi mano izquierda.

Se echó hacia atrás, y yo entonces, sin soltar el puñal, la cogí del cuello y la derribé con intención de estrangularla, y sus manos agarráronse desesperadamente á las mías, haciendo esfuerzos para soltarse, pues se ahogaba. Entonces fué cuando la clavé el puñal en el lado izquierdo, por debajo de las costillas.

Aquellos que sostienen que no es

posible acordarse de lo que se ha hecho durante un acceso de furor, dicen una sandez y una mentira. Ni un solo instante dejé de tener conciencia de lo que hacía. Cuanto más atizaba el fuego de mi ira, con más claridad veía lo que hacía, y ni un solo instante, ni un segundo perdí el conocimiento. No diré que haya previsto lo que iba á hacer, pero en el segundo mismo en que lo llevaba á cabo tuve conciencia de ello, tal vez un poco antes, y veía que si creía en una reconciliación aún posible, podía detenerme á voluntad y que asestaría el golpe debajo de las costillas y que en aquel sitio debía penetrar el puñal. En aquel mismo momento no ignoraba yo que cometía un acto criminal, tal cual no había cometido nunca otro igual ni que tuviese tan espantosas consecuencias. La consecuencia



de esto fué tan rápida como el relámpago, y el acto siguió inmediatamente. Me di cuenta de esa acción con una claridad extraordinaria, y pareceme que estoy contemplando la escena, que siento aún la resistencia del corsé, de otra cosa después y que el puñal penetra en la carne blanda. Quiso coger la hoja del puñal con las dos manos para detener el golpe, mas no pudo conseguirlo y se hirió.

Más adelante, hallándome en la cárcel y cuando se operó en mí una gran revolución moral, volvió á presentarse ante mis ojos lo ocurrido en ese momento y me pregunté cuál habría debido ó podido ser mi conducta. Conservo aún en la memoria el recuerdo del instante que siguió á tan terrible acción; la noción exacta de que iba á matar á mi mujer indefensa, á mi propia esposa. El recuerdo de ese sentimiento me persigue

aún como una obsesión, y creo recordar que saqué en seguida el arma como para reparar el daño que acababa de hacer.

—¡Ama, ama! ¡Que me ha matado!  
—gritó irguiéndose, y la nodriza, que había oído el ruido, se presentó en seguida.

Hallábame en pie, aguardando y como quien no quiere creer en lo que le ha sucedido. En ese momento saltó un chorro de sangre por debajo del corsé, comprendiendo yo entonces que el mal no tenía remedio. Aunque hubiese deseado lo contrario, ¿de qué habría servido? Me quedé inmóvil hasta que cayó.

La nodriza se acercó apresuradamente, gritando:

—¡Dios mío!

Arrojé el arma que hasta entonces había tenido en la mano y abandoné la habitación. «Conservemos la sere-



nidad,—me dije,—y sepamos lo que hacemos». Sin mirar á mi mujer ni á la nodriza me alejé, mientras que esta última daba voces llamando á la doncella. Atravesé el corredor, ordené á la doncella que se fuese al lado de su señora y entré en mi despacho. «¿Qué hacer?» me pregunté, y en el acto se me ocurrió qué era lo mejor. Me acerqué á la panoplia y descolgué un revólver que examiné, viendo que estaba cargado y dejándolo después encima de la mesa. Recogí la vaina del puñal y me senté en el sofá, permaneciendo así mucho rato, sin pensar en nada. Oí un ruido ahogado de pasos, de objetos movidos de una parte á otra, crujido de vestidos, y fuera el ruido de un coche que hacía alto y al que seguía poco después otro: Al cabo de un rato presentóse Yegor con mi maleta, ¡lo mismo que si me hiciese falta para algo!

—¿No sabes lo que ha pasado? Pues vete á decir al portero que salga en busca de la policía,—le ordené.

Sin objeción alguna se marchó. Me levanté, cerré la puerta, cogí los fósforos y los cigarrillos y comencé á fumar. No había acabado el primer cigarrillo cuando me fué dominando el sueño, y durante dos horas dormí tranquilamente. Soñé, lo recuerdo muy bien, que estaba en buena armonía con mi mujer, y que después de haber disputado íbamos á hacer las paces cuando un obstáculo nos lo impidió, mas á pesar de eso seguíamos queriéndonos.

Me despertó un golpe que dieron en la puerta. Me desperté creyendo encontrarme con la policía, ya que había asesinado, é hice por desesperarme. Tal vez fuese ella porque no hubiese ocurrido nada. Llamaron una vez más y no contesté, pregun-



tándome si habría sucedido algo ó no. Si era verdad la resistencia del corsé... «Ahora me toca á mí matarme», me dije. Lo reflexioné y sabía bien que no me atrevería; no obstante, me levanté y cogí el revólver; ¡cosa extraña! Muchas veces me había ocurrido la idea del suicidio, en el tren sobre todo, porque creía sería más rudo golpe para mi mujer. Y á la sazón no era capaz de matarme y hasta rechacé la idea. «¿Y por qué no había de hacerlo?», me pregunté, y no hallé la respuesta. Llamaron otra vez. «Veamos antes lo que sucede, que tiempo quedará luego para todo», me dije dejando el revólver sobre la mesa y colocando encima un periódico á fin de ocultarlo. Me acerqué á la puerta y abrí. Era la hermana de mi mujer viuda y simple.

—¿Qué es lo que ha pasado, Vassia?—me preguntó echándose á llo-

rar, cosa que, por otra parte, hacía siempre con mucha facilidad.

—¿Qué es lo que me queréis?—contesté con rudeza, si bien comprendía que no tenía ninguna razón para mostrarme grosero, mas no pude evitar el hablarla en aquel tono.

—¡Por Dios, Vassia, que se está muriendo! Ivan Zakharievitch lo ha dicho.

Ivan Zakharievitch era su médico y consejero.

—¿Está, pues, aquí?—pregunté, y todo el odio que me inspiraba mi mujer se despertó.—¿Qué hacer?

—Id á verla, Vassia, ¡oh! ¡Quién podía pensarlo! ¡Qué cosa más horrosa!

—¿Irla á ver?—exclamé, y en seguida se me ocurrió la idea de verla y de que debía ser así cada vez que, como yo, un marido mataba á su mujer. Las efusiones, los gestos iban á



comenzar de nuevo y resolví ir, pero con el decidido propósito de no afectarme.—Esperad, pues, á que me calce,—dije á mi cuñada;—ya que no está bien que vaya así.

### XXVIII

¡Cosa extraña! Al abandonar mi despacho y atravesar aquellas habitaciones que tan bien conocía, tuve aún la esperanza de que todo aquello era fruto de una desagradable pesadilla; mas el olor de todas aquellas medicinas, del iodoformo y del ácido fénico me atacaron la garganta. ¡No, no era una pesadilla! Al atravesar el pasillo y cerca del cuarto de los niños vi á Lisa que me miró con ojos que el terror hacía abrir desmesuradamente, y se me figuró que todos cinco hijos me miraban. Llegué á la puerta y al verme la doncella abrió y se fué. La

primera cosa que vi fué su traje gris perla, todo él manchado de sangre. Estaba encima de nuestra cama con las rodillas dobladas, casi derecha y sostenido el busto por una porción de almohadas. Habían vendado la herida y el cuarto apestaba á iodoformo. Lo que me llamó más la atención fué la señal amoratada que tenía en la cara y que la cubría parte de la nariz y de un ojo. Aquella mancha era la huella del golpe que la había yo dado cuando quería desprenderme de sus brazos. Había desaparecido su belleza y observé que se notaba en ella alguna cosa que repugnaba. Me quedé quieto en el umbral de la puerta.

—Venid, acercáos,—me dijo mi cuñada.

Me acerqué preguntándome si sería necesario perdonar. «Sí, porque se muere», me contesté, y me acerqué á su cabecera. Levantó penosamente



los ojos á fin de mirarme; uno de ellos estaba amoratado é hinchado, expresándose con mucha dificultad; luego exclamó:

—Has conseguido lo que te proponías... Me has matado...

En su rostro se traslucía el dolor físico y, sin embargo, se descubría ese odio que yo conocía tanto.

—Los hijos... no te los darán... á pesar de todo... mi hermana será la que se encargue de ellos...

Ni una sola palabra acerca del punto capital, su falta, su traición, su crimen; habríase dicho que no le daba ninguna importancia.

—Sí, regocíjate contemplando tu obra,—y su mirada se fijó en la puerta en la que se hallaban su hermana y sus hijos. A mi vez dirigí la vista hacia donde estaban los niños, luego contemplé su rostro golpeado y amoratado, y por vez primera, olvidando

mis derechos y mi orgullo, vi en ella una criatura humana, una hermana. Todo cuanto me ofendiera, mis celos, se me antojó muy poca cosa, por el contrario, se me figuró que mi acto era tan terrible, que sentí deseos de arrojarme á sus pies, cogerla las manos y gritar: «¡Perdóname!»

Y no me atreví á hacerlo. Se calló y cubrió los ojos; no tenía fuerzas para hablar. De pronto se contrajo su rostro desfigurado y me rechazó débilmente.

—¿Por qué habrá sucedido esto?—murmuró.

—¡Perdóname!—exclamé.

—¡Sí, si no me hubieses matado!—dijo de pronto, y sus ojos brillaron con un fulgor febril.—¡Perdonarte! ¡Locura! ¡Ah! ¡No debía morir, pero tú me has matado y conseguido tu objeto! ¡Te odio!—En seguida empezó á delirar.—Tira... no tengas mie-



do... mátame... mátanos... mátale á él también... Se fué...

Ya no reconoció á nadie, ni á sus hijos, ni siquiera á Lisa, que se había escapado del lado de su tía y se acercó furtivamente al lecho, y aquel mismo día murió á eso de las doce. Pocas horas antes me prendieron, lleváronme á la cárcel y en ella estuve aguardando durante once meses á que se viese mi causa, y en ese tiempo reflexioné mucho y aprendí á conocerme. A los tres días de estar preso me llevaron á mi casa...

→ Quiso Pozdnychev continuar y los sollozos que ahogaban su voz se lo impidieron, hasta que al cabo pudo reponerse y recobrar su serenidad.

—Al verla en el ataúd comprendí mi error,—dijo exhalando un profundo suspiro,—y sólo contemplando su rostro cadavérico comprendí todo el alcance de mi acción. Comprendí que

era yo el que la había asesinado sumiéndola en la nada, y que si yacía allí fría é inanimada, inmóvil como una estatua, era obra mía. Comprendí que aquello era irreparable para mí. Aquel que no pasó por semejante prueba no puede comprenderlo.

Durante largo rato permanecimos ambos silenciosos enfrente el uno del otro. Pozdnychev sollozaba y se estremecía nerviosamente.

—Sí; si hubiese sabido lo que hoy sé,—añadió,—no me habría sucedido nada. No me habría casado con ella ¡por nada de este mundo! ¡No me habría casado nunca! ¡Jamás!

Ahí tenéis, señor, lo que hice y las pruebas por que pasé.

Es preciso comprender bien el sentido del Evangelio, según San Mateo; es necesario interpretar bien esta frase:



55104

— 254 —

«Aquel que mira á una mujer con deseo, ya ha cometido adulterio».

Esto se refiere también á la hermana, y no sólo á la mujer extraña, sino sobre todo á la mujer propia.

FIN







ÚLTIMAS PUBLICACIONES

DE LA

**Casa Editorial Maucci**

**Conde León Tolstoy**

La Salvación está en Vosotros

Mi Confesión

Iván el Imbécil

Novelas Cortas

Polikuchka

¿Qué hacer?

Placeres Crueles

La Guerra y la Paz (3 tomos)

**Máximo Gorki**

En la Estepa

Tomás Gordeieff

Los Dégenerados

Los Tres

Cain y Artemio

La Angustia

**T. Dostoiewski**

El Jugador y las Noches Blancas

Barcelona — Buenos Ayres — México